

## **El amor kierkegaardiano.**

*Zoe Fuentes Nolasco  
(Plantel 9 "Pedro de Alba")*

Según Kierkegaard, el hombre sufre una sensación de angustia no solamente al tomar conciencia de su propia existencia, sino sobre por el presentimiento de la nada. Esto lo lleva a un estado de soledad y separación al saberse frágil ante su propia mortalidad de la que no puede escapar; siendo esta misma angustia el único medio para liberarse. La vida es, pues, una contradicción que debe vivirse para encontrar su sentido, es acción, es un constante choque con nosotros mismos...así también es el amor: un poder activo en el hombre que lo capacita para superar su sentimiento de aislamiento y separación, y no obstante, le permite ser él mismo, mantener su integridad. Sólo en el amor se da la paradoja de dos seres que se convierten en uno y, no obstante, siguen siendo dos. Se trata, pues, no sólo de los amantes en sí, sino del amor mismo como tercer elemento dentro del vínculo existente entre ellos para alcanzar lo eterno, lo absoluto.

Pero, ¿cómo se llega a este punto? La vida del ser humano oscila entre tres estados: etapa estética, etapa ética y etapa religiosa dónde el cambio entre las mismas sólo se logra a través de la desesperación. Quien desespera, según Kierkegaard, deja automáticamente de ser él mismo para buscar un tipo de vida superior, se libera, trasciende, se coloca frente a sí mismo, se confronta. Eso mismo es el amor: angustia, transformación; la transición de aquel hombre estético que sólo busca el placer inmediato, sensual, cargado de erotismo que ha dejado

su inmediatez, su egoísmo para dar paso al hombre ético-religioso en el que su existencia se haya plena. Así el amor verdadero que se forma de lo estético, lo ético y lo religioso está perfectamente despierto; tiene una visión absoluta que se vuelve hacia un objeto real, único y preciso, que solo existe para el enamorado y excluye al resto; es pasión; es eterno; es la síntesis de libertad y necesidad. Aquel que ama se siente libre dentro de esta esfera de subjetividad sin importar que esté en juego toda su energía personal. Ese amor es la unión de lo general y lo particular, contiene lo uno y lo otro y lleva oculta entre sí la eternidad.

No es casualidad, entonces, que el enamorado deba desesperar para ver consumado su amor, es más: es necesario que lo haga, de otra manera su pasión no estaría completa. Es preciso que abandone aquella parte de sí que persigue su propia satisfacción llegue al punto en el que no pueda escapar de sí misma, que agote todas sus pasiones y se confronte con su propia realidad para darse cuenta de su propio vacío y así comience a dirigir sus acciones hacia una forma más elevada de conciencia. Un amante, si sus sentimientos son verdaderos, dejará su vida mundana atrás, ya no volverá su mirada al resto de los placeres sino que se escogerá a sí mismo antes que a su placer y enfocará su mirada en uno solo a través del cual podrá ir más allá de su propio placer y hallará una forma de vida superior. En otras palabras, un enamorado que es sincero se confrontará con sí mismo y desesperará hasta el punto que no pueda conocer otra pasión más allá de la que experimenta, tampoco deseará otra puesto que sólo a través de ella encuentra su paz. Lo importante, entonces, radica en traspasar ese umbral y lograr plantearse de una manera diferente la propia existencia. Se trata de romper

las barreras del amor sensual, para adentrarse en uno que nos edifique al acercarnos la eternidad y lo divino.

Esta forma de amar no exige dejar de ser sí mismo o renunciar a serlo, más bien presupone el querer existir para los demás, edificándolos, viendo el amor en ellos porque amar, en otras palabras, exige presuponer amor bajo la premisa de que quien halla amor en sí mismo lo hará a su vez en los demás. Lo que busca realmente el amante es ayudar al otro a ser independiente, a ser dueño de sí mismo. Jamás persigue lo suyo, en vez de ello permanece incógnito de tal manera que esta ayuda implica siempre una reduplicación en la que ayudar al otro a ser independiente es ayudarse a sí mismo, educarse a sí mismo, adentrar en sí mismo, conocerse a sí mismo, ser lo que se enseña, existir en la propia reflexión, volverse acción gracias a la presencia el ser amado en nuestras vidas puesto que sólo al amar llegamos a ser. Así, en el amor tiene siempre lugar esta reciprocidad en la que se da algo que ya se posee. El amor es por lo tanto un sentimiento que se expresa hacia adentro y hacia afuera, un salir de sí mismo y un retornar a sí mismo, un recibir lo que se da. Implica, a final de cuentas, desprenderse tanto de la concepción mundana del amor como del egoísmo para hallarlo en su forma más pura e íntegra, para hallarnos a nosotros mismos a través del otro y viceversa.